

## Prólogo

*Kent, Inglaterra, agosto de 1807*

El perfume de las rosas impregnaba el atardecer de verano, pero Julienne Laurent apenas advertía la dulce fragancia mientras aguardaba ansiosa a que llegara su amante. ¿Qué podía retenerle?

Con los nervios de punta, comenzó a pasear por la casa de campo, más inquieta a cada momento que transcurría. Aquel día, Dare se había propuesto informar a su abuelo de su compromiso y ella temía que las objeciones del anciano noble hubieran sido insuperables.

Julienne, al oír finalmente el sonido de cascos de caballo, acudió a la ventana abierta para mirar hacia el exterior. La diminuta casa de campo donde tenían lugar sus encuentros amorosos estaba situada en un cerezal, oculta a la vista directa del sendero. Cuando distinguió el lustroso caballo y al elegante jinete olvidó momentáneamente su ansiedad.

*Dare.* El corazón se le estremeció al verlo, mientras sus muslos se afirmaban con expectación. Casi podía sentirlo moviéndose dentro de ella...

Julienne se sonrojó y trató de reprimir su vergonzoso apetito. En lo que se refería a él, era una libertina. Había entregado su inocencia a su experta seducción con escandaloso entusiasmo. Pero ¿qué mujer podría habersele resistido?

Observó cómo saltaba ágilmente del caballo y avanzaba decidido por el sendero a través del jardín de rosales cubierto de matos. Se movía con una combinación de refinada elegancia e in-

tensa virilidad que conmovía todos sus instintos femeninos, mientras que su hermosura le quitaba el aliento. Poseía finos y aristocráticos rasgos y unos cabellos rubios que brillaban dorados a la luz del sol; estaba dotado de una belleza física que impresionaba a primera vista.

Pero eran su inmenso encanto y su penetrante ingenio más que su atractiva apariencia o elevado título lo que había atrapado su corazón. Asimismo, su magnetismo era estimulante. Había una pizca de rudeza en él, una impredecible calidad que lo hacía peligrosamente apasionante. Incluso su nombre, Dare,<sup>1</sup> una versión abreviada de su segundo nombre, Adair, le sentaba a la perfección. Era llamado así por sus amigos porque estaba dispuesto a enfrentarse a cualquier desafío.

Incluida ella, a la que había vencido con implacable persistencia.

Pese a todos sus escrúpulos y recelos, había arriesgado su corazón y encontrado el amor en brazos de un perverso libertino al que en otro tiempo se había jurado resistirse.

La puerta se abrió bruscamente y Jeremy Adair North, conde de Clune, entró en la pequeña casa de campo escudriñando con impaciencia con sus vívidos ojos verdes. Cuando fijó su mirada en ella, la llama de calor de las profundidades color esmeralda de sus ojos era inconfundible.

—¿Me has echado de menos? —preguntó, acariciándola con una voz baja y rica como terciopelo.

—Terriblemente.

—Bien.

En tres zancadas cruzó la sala hasta alcanzarla. Sólo entonces Julianne vio la tensión que ardía en él. Podía distinguir en sus ojos el fuego de la ira, sentirla en su contacto.

1. Atrevido. (*N. del t.*)

—Dare, ¿qué sucede...? —comenzó, pero él la interrumpió.

—No deseo hablar.

Ella se encontró al instante entre sus brazos, estrechada con fuerza contra su cuerpo. Dare hundió las manos en sus cabellos mientras aplastaba sus labios con su boca.

Su fogosidad la cogió desprevenida. Por lo general, él era un amante sorprendentemente tierno, que la hacía sentirse mimada y adorada. Sin embargo, su apremiante apetito de aquellos momentos, despertaba en ella una respuesta similar. Transportada, Julianne olvidó sus preguntas y se rindió a su ardiente abrazo.

Al cabo de unos momentos, concluyó su fogoso beso y desvió la atención a su cuerpo. Ella no llevaba corsé, por lo que Dare liberó fácilmente sus senos del ajustado corpiño de muselina. Con su cálida boca succionó enérgicamente sus pezones mientras la recostaba contra la puerta.

Julianne sofocó un grito ante las deliciosas sensaciones que la inundaban. Sin más preliminares, él le subió las faldas y arremetió con sus inquisitivos dedos entre sus muslos. Ya estaba húmeda para él.

Ella oyó su gemido de aprobación y luego su ronco susurro:

—¡Dios, cómo te deseo!

Tiró de la abertura de sus calzones, como si estuviera desesperado por poseerla. Su penetración fue dura y profunda; su cuerpo temblaba bajo el impacto. Nunca se había comportado con tan primario apremio, sin embargo, ella no protestó. En lugar de eso, Julianne gimió con increíble satisfacción mientras él la llenaba, excitado y desorientado.

La tomó contra la puerta, arremetiendo con fuerza contra ella, con la arrolladora y descarnada necesidad de aparearse. Su apetito sexual era casi frenético, su violento ardor, aplastante. Ella se envolvió en torno a él, intentando aliviar la violencia de su deseo,

la cruda intensidad de su necesidad, pero luego también se vio arrastrada por la oleada de calor, por la ardiente fiebre. Se aferró a él jadeante, levantando las caderas mientras se tensaba para admitirlo aún más profundamente en su cuerpo.

La liberación de Dare llegó rápidamente. Ella sintió el estremecimiento de su cuerpo antes de que la propia frenética explosión la inundase. Julianne profirió un ronco grito mientras sucumbía a él con abandono.

Cuando se disiparon las abrasadoras secuelas, ella se dio cuenta de que Dare se había desplomado contra su cuerpo, sujetándola contra la puerta con su esbelta solidez. Aún estaba jadeante y sin aliento mientras hundía el rostro en la curva de su garganta.

—Mi Joya encantadora —dijo finalmente con voz áspera—. ¿Te he hecho daño?

—No —mintió ella, ignorando la protesta de sus palpitantes tejidos femeninos, satisfecha de saborear las consecuencias de su exquisito embeleso.

Por fin, él se separó. La levantó en sus brazos y la transportó con gentileza y suavidad al lecho que se encontraba en la habitación contigua, donde la desnudó con su habitual atento cuidado.

Cuando también él estuvo desnudo, se tendió a su lado y la atrajo hacia sí, luego cerró los ojos.

Durante un tiempo reinó el silencio.

Julienne ansiaba saber qué provocaba su sombrío talante. Sin embargo, temía preguntarle si había hablado con su abuelo. Aunque al fin ya no pudo seguir soportando la incertidumbre.

—¿Qué te ha dicho?

El corazón le dio un vuelco ante el persistente silencio de Dare. El marqués de Wolverton no deseaba que su único nieto y heredero se casara con una emigrada política francesa, aunque su linaje fuese casi tan distinguido como el de ellos. Ella aún seguía siendo

considerada una extranjera por muchos, a pesar de que llevaba viviendo en Inglaterra desde que tenía cuatro años.

Julienne se incorporó sobre un codo para poder escudriñar el rostro de Dare. Su cejo fruncido le resultó más expresivo que cualquier palabra.

—Tu abuelo se niega a aceptarme, ¿es así?

—Él no tiene ni voz ni voto en esto —repuso Dare inflexible.

Ella trató de armarse de valor contra el vacío que sentía en su pecho. Era de noble cuna, hija del difunto conde de Folmont, que había sido guillotinado en Francia durante el Terror. Pero poseía una sombrerería y el hedor del comercio se había aferrado a ella dificultando cualquier pretensión de acceso a la aristocracia que hubiera podido abrigar. Sin embargo, nunca había lamentado la pérdida de sus derechos de nacimiento tanto como en aquel momento.

—No aprobará nuestro matrimonio —afirmó con tono sombrío.

Dare apretó la mandíbula.

—Los deseos de mi abuelo no significan nada para mí.

Y le asió la cara suavemente mientras sus ardientes ojos verdes la escudriñaban.

—Deseo que nos fuguemos, Julienne.

—¿Fugarnos? —repitió ella dudosa.

—Sí, fugarnos... saltarnos las convenciones... huir a Gretna. Está a sólo tres días de la frontera con Escocia y podríamos casarnos la semana siguiente.

—Dare...

—Si me amas, vendrás conmigo. ¿Me amas, mi preciosa Joya?

Ella le amaba muchísimo, era un dolor en su interior. No obstante, la angustiaba pensar que iba a interponerse entre Dare y su abuelo, que era prácticamente su único familiar.

—Desde luego que te amo. Mi corazón te pertenece. Pero la fuga... No es un paso muy serio. Tu abuelo aún se enfurecerá más por ello, ¿no es así?

—Confío que así sea —repuso Dare sombríamente.

—Tal vez sería mejor dejar que se fuese haciendo a la idea de nuestro matrimonio.

Su estallido de risa carente de humor le hizo comprender cuán improbable era su sugerencia, pero luego él negó con la cabeza.

—Deja de preocuparte tanto por mi condenado abuelo.

—No es tu abuelo quien me preocupa —explicó Julienne escogiendo cuidadosamente sus palabras—. Eres tú, Dare. Si nos lanzamos a una fuga, algún día puedes lamentarlo. Incluso puedes llegar a despreciarme.

Él mantuvo la mirada fija en ella.

—Eso nunca sucedería.

Rodó sobre Julienne y sujetó su cuerpo desnudo bajo el propio.

—Sé lo que quiero, y es tenerte como esposa. Para siempre. Nada podría cambiar lo que siento por ti.

Pese al calor de su apasionada declaración, un repentino escalofrío recorrió a Julienne con suficiente fuerza como para hacerla estremecer. No podía apartar el temor de que su felicidad no duraría.

Sin embargo, cerró los ojos y se entregó al abrazo de Dare, confiando con todo su corazón en que él nunca tuviera motivo para revocar su ferviente promesa.

1



*Londres, marzo de 1814*

La fluctuante luz del fuego proyectaba un dorado resplandor sobre el cuerpo desnudo de Dare mientras éste permanecía ante el hogar del dormitorio. Sin embargo, ninguna llama podía caldear el frío de su corazón. Con la mente inundada por los recuerdos de una engañosa y hermosa hechicera, contemplaba el cartel que anunciaba la última actuación de ella en el teatro Drury Lane.

Julienne Laurent no necesitaba el esbozo del artista para estimular su recuerdo en Dare, porque todo lo referente a ella estaba grabado a fuego en su memoria. Lo asaltaban sus imágenes: su exquisito cuerpo arqueado por la pasión. Sus esbeltos miembros envolviéndolo. Su voluptuoso cabello como una capa de marta sobre sus hombros. Su piel, tan impecablemente blanca que parecía porcelana fina. Su risa y su sonrisa. Su agudo ingenio. Sus negros y luminosos ojos con su increíble sensualidad...

Todo aquello estaba grabado en su memoria con una intensidad y claridad que aún le abrasaban.

—Qué gran necio fuiste —murmuró con ronca acusación en el silencio del dormitorio.

Dare apretó la mandíbula, irritado porque la repentina aparición de Julienne hubiera despertado en él emociones que suponía muertas desde hacía largo tiempo. Se creía liberado de ella desde hacía años. Libre de los recuerdos atormentadores, libre de los pesares y de la soledad que lo acosaban.

Sin embargo, en vista del feroz dolor que lo atormentaba en

aquellos momentos, comprendió que aún no se había recuperado plenamente de su historia con Julienne. Al parecer, el adagio era cierto: un hombre no olvida nunca su primer amor.

Él no se había propuesto entregarle su corazón. Era joven, ardiente y seguro de sí mismo, y estaba plenamente convencido de su poder de seducción. Pero la muchacha a la que se había propuesto conquistar, se había convertido en la mujer que le había enseñado el amor y la traición.

La primera vez que puso sus ojos en la hermosa emigrada política francesa, Dare comprendió que tenía que hacerla suya. Era junio, él había acudido a Kent para la boda de una prima, y se alojaba en la finca de su abuelo, en Wolverton Hall, cerca del pequeño puerto marítimo de Whitstable, donde estaba la sombrerería de Julienne. Acabó quedándose todo el verano, con el propósito de cortejarla.

Su intensa atracción le había sorprendido. Había tenido montones de mujeres igual de atractivas en infinitas aventuras que nunca habían afectado a su corazón. Para él, el amor nunca había sido encendido y apremiante como lo era con Julienne.

La había deseado más allá del flirteo o del arrebato casual. Ansiaba poseerla, dárselo todo. Su corazón, su cuerpo, su propia alma.

No había sabido que ella mentía tan fácilmente como respiraba.

Lo invadieron los amargos recuerdos de su último y escandaloso encuentro con ella... La expresión consternada de Julienne tras ser descubierta en brazos de otro amante, la propia angustia de Dare al comprender la intensidad de su engaño. No quiso creerlo hasta que lo vio con sus propios ojos, hasta que escuchó el reconocimiento de los propios labios de Julienne.

Contra su voluntad, Dare recorrió el dibujo de Julienne con las yemas de los dedos. Su abuelo le había dicho que el conde de Ivers

era su amante, pero él se había mofado del anciano en su cara. Tras evitar altanero otra violenta discusión con el marqués, Dare había ido al encuentro de Julienne a su sombrerería, donde la había sorprendido con Ivers.

En los patricios rasgos de Julienne había aparecido una mínima sombra de remordimiento cuando Ivers confirmó que eran amantes desde hacía tiempo, y ningún remordimiento en absoluto cuando ella dio por finalizado bruscamente su compromiso.

Con su sencilla declaración, Dare sintió como si le arrancaran el corazón del pecho. Comprendió que su simulación de falsa inocencia había sido una vergüenza desde el mismo principio.

El amor que había pretendido sentir por él era simplemente una farsa.

Sólo después de atar cabos, comprendió hasta qué punto había sido completamente tratado como un necio: Julienne deseaba mayores riquezas que las que él podía ofrecerle si su abuelo lo desheredaba. Incluso era probable que hubiera tramado casarse con él desde el principio, pero que lo hubiese reconsiderado cuando la ira de su abuelo hizo insegura su herencia. Tal vez hasta había planeado compartir su botín con su amante.

A Dare se le tensó la garganta con el afilado dolor del recuerdo.

Aunque, sin duda, prefería haber descubierto la verdad antes que desperdiciar todo su futuro.

—Es una intrigante y una despreciable francesa —había dicho su abuelo, pero Dare no le había escuchado.

Había sido increíblemente necio al enamorarse de sus manifiestas virtudes, o al creer que ella podía ser fiel. Precisamente él no debería haber caído en la trampa con tanta ingenuidad. Su propia madre había tenido numerosos amantes, y había convertido en una burla la palabra *fidelidad*. Pero había pensado que Julienne era diferente, y sin embargo lo había decepcionado enormemente; nunca

habría sospechado su traición hasta que sintió el cuchillo deslizándose entre sus costillas.

Dare maldijo otra vez entre dientes. Julienne había prometido amarle, y sin embargo había destrozado aquellas promesas con mentiras y engaños.

Se preguntaba si ella lamentaría ahora su elección. Dare por fin estaba en posesión del título de marqués de Wolverton, junto con la vasta fortuna de los Wolverton, pues su detestado abuelo había fallecido el año anterior.

Pero más de media década era demasiado tiempo para una intrigante cazadora de fortunas. Al parecer, entretanto se había dedicado a consolidar una carrera de actriz de éxito.

Y sin duda a tener otros amantes. Dare la había visto aquel mismo día en el parque cortejada por sus rendidos admiradores.

Esa visión lo había impactado enormemente, porque hacía dos días, ni siquiera sabía que ella estuviera en Londres. Dare había estado ausente durante semanas, primero en una misión en el norte y luego en otra misión sin conexión con ésta en Irlanda. Al regresar, había descubierto que Julienne Laurent era la heroína de la ciudad, pretendida por una multitud de varones y dandis. «La nueva y más brillante Joya de Londres», así era como se la llamaba. Según se decía, todos los hombres deseaban tener como amante a la deslumbrante actriz.

Dare disimuló el inesperado dolor que le atenazó el pecho al verla y devolvió su atención a su compañera, lady Dunleith. Hacía unos momentos, la encantadora viuda le había hecho señas desde su carruaje mientras él cabalgaba entre la multitud reunida en Hyde Park para el paseo diario.

Cuando interrogó a lady Dunleith sobre las últimas novedades de la alta sociedad, ella se mostró alegre y amable.

—¿La señorita Laurent? Creo que procede de York. Es la últi-

ma moda, pero creo que se lo merece. Canta como un ángel y es una actriz maravillosa. Tal vez no de la clase de la señora Siddons, pero el propio Edmund Kean elogió su actuación dramática cuando interpretó el papel de Desdémona en su Otelo.

Dare tensó los labios. Estaba totalmente de acuerdo en que la señorita Laurent era una consumada actriz aunque todavía no la había visto en el escenario. Durante su encantador verano juntos, él jamás había sospechado, ni por un momento, que los mismos dulces labios que le prometían amor lo traicionarían como lo hicieron.

Lady Dunleith le dirigió una mirada especulativa.

—Si estás pensando en perseguirla, querido, deberías reconsiderarlo. He oído decir que es bastante fría como amante.

Dare no estaba seguro de si la hermosa viuda se expresaba de ese modo por celos, rencor o un caritativo deseo de ahorrarle un esfuerzo inútil. Pero podía dar fe de que la mujer se equivocaba: Julienne Laurent era tan fría como los carbones encendidos.

—Y en cualquier caso —añadió lady Dunleith con tono divertido—, la señorita Laurent ha anunciado que no elegirá protector hasta el final de la temporada. Ya están circulando apuestas acerca de quién ganará.

Dare pensó, resentido, que aquel a quien ella eligiese sin duda tendría los bolsillos repletos. Las actrices solían aumentar sus escasos ingresos a través de ricos mecenas, pero él sabía por dolorosa experiencia que la mercenaria *mademoiselle* Laurent sólo se conformaría con el más acaudalado de todos ellos.

Sin embargo, lo que más le interesaba era el caballero concreto que poseía la atención de la Joya en aquellos momentos. Al parecer, el vizconde Riddingham se había ganado el privilegio de transportar a la señorita Laurent en su carruaje. Se habían detenido en el Row y al instante se vieron rodeados por media docena de entusiastas admiradores a caballo...

—¿Querido...?

La soñolienta voz devolvió a Dare al presente. Tras él, lady Dunleith lo reclamaba.

—¿Por qué no vuelves al lecho?

Sobresaltado por la intrusión, se estremeció de frío, y eso le recordó que estaba desnudo, que había abandonado un cálido lecho para mirar un cartel que exhibía la imagen de su antigua amante; como una lengua que tanteara un diente dolorido.

El mismo dolor le había impulsado a acompañar a la viuda Dunleith a su casa y a pasarse la noche entregándose a los placeres carnales. Sin embargo, Dare había ejecutado la tarea simplemente como un aburrido ejercicio más, con su habitual habilidad fruto de la práctica. Su lujuria de aquella noche había sido decididamente voluntariosa, un intento de exorcizar su inquieta pasión y los dolorosos recuerdos de otra mujer.

Desde que Julianne Laurent le había destrozado el corazón tras la ruptura de su compromiso, él había regresado a Londres y se había entregado a una vida de libertinaje, incluido el liderazgo de la Liga del Fuego del Infierno, un famoso club de los principales crápulas de Inglaterra.

Sus escandalosas hazañas y decididas búsquedas de gratificaciones sexuales habían añadido un nuevo lustre de atractivo y mala fama a su reputación, haciéndole ganarse el apodo de Príncipe del Placer.

A Dare le desagradaba admitir, incluso ante sí mismo, que su libertinaje había sido su modo de ahogar sus penas, de enmascarar el vacío de su vida. Noche tras noche buscaba perderse en un cálido cuerpo femenino, de alejar los recuerdos de Julianne con un exceso de gratificaciones sexuales físicas.

No obstante, incluso cuando estaba sumergido dentro de una mujer, unido del modo más íntimo posible, se sentía solo. Peor aún,

no podía evitar ansiar el sabor de otra carne femenina. Julienne aún le tentaba, aún le atormentaba.

¡Maldita fuera!

Volver a verla aquella tarde le había hecho comprender que la herida que le había infligido no había sanado realmente. Aún no estaba libre de Julienne. Incluso después de todo aquel tiempo, su corazón se negaba obstinadamente a abandonar su obsesión.

—¿Dare? —imploró la viuda, esta vez con una nota de impaciencia en la voz.

—Perdóname, querida —se esforzó por responder.

Arrugó el cartel en su puño, resistiéndose al apremio de arrojarlo al fuego. Al día siguiente por la noche, habría una nueva representación de la que la famosa nueva actriz, Julienne Laurent, sería la protagonista. Pero él aún tenía que decidir si asistiría.

Se dijo a sí mismo que lo mejor sería que se mantuviera lo más lejos posible. Sabía cuán letal podía ser. Nunca volvería voluntariamente a ser vulnerable con ella. Se había esforzado intensamente para no volver a sentirse nunca tan afligido. Aun así, en su mente había comenzado a formarse un plan.

Impaciente de pronto por entrar en acción, dijo por encima de su hombro:

—Me temo que debo irme, Louisa.

—¿Ahora? Pero es muy tarde.

—Todavía no es medianoche.

Se vistió en silencio, haciendo caso omiso del mohín de la exuberante y desnuda dama que estaba en el lecho. Luego, se acercó a ella y empleó sus maneras más encantadoras para rogarle su perdón, besándola hasta quedar sin aliento, pero eludiendo sus ruegos de que regresara pronto.

Cuando bajó de la habitación, se dio cuenta de que todos los

servientes se habían retirado ya para la noche, y la montura en la que había paseado por Hyde Park aquella tarde se hallaba cómodamente estabulada en las antiguas caballerizas situadas tras la mansión de lady Dunleith. En lugar de despertar a los mozos de cuadra, Dare salió y recorrió la breve distancia existente por las oscuras calles de Mayfair hasta la casa de Lucian.

Lucian Tremayne, conde de Wycliff, era uno de sus amigos más íntimos, así como uno de los jefes de una de las más importantes redes de espías de toda Inglaterra. Lucian prefería que no se sospechara que había comprometido a Dare en la persecución de un traidor mortal, de modo que habían acordado limitar la frecuencia de sus encuentros. Sin embargo, tenían que hablar sobre los últimos acontecimientos.

Encogiéndose ante el frío aire nocturno, Dare se envolvió bien en su gabán. Aquél era el invierno más frío que recordaba, y el país seguía en gran parte congelado. En Londres, incluso el Támesis se había helado. Y en Yorkshire, que Dare había visitado recientemente, durante varias interminables semanas, los montones de nieve eran más altos que un hombre, interceptando carreras e interrumpiendo totalmente el comercio y los viajes.

Aquella noche sería su primera oportunidad de poner al corriente a Lucian de sus gestiones clandestinas. Le había enviado un mensaje aquella mañana concertando un encuentro para informarle.

Había varias luces encendidas en las ventanas de la regia mansión de los Wycliff. Dare fue recibido sin problemas y conducido al estudio de Lucian, donde el conde estaba trabajando en su escritorio.

Ambos hombres se saludaron con el afecto fruto de su antigua amistad.

—¿Cómo está tu bella esposa? —preguntó Dare, mientras Lucian servía brandy para ambos.

—Florecente. Brynn está redonda como un melón, aunque al bebé aún le faltan casi dos meses para nacer.

—Lamento no haber podido verla —dijo Dare instalándose en un cómodo sillón—. Creí que estaba en Londres.

—Sí, y lo estaba, pero volví a acompañarla a casa. Está más segura en el campo.

A la espera del parto, Brynn se había retirado a la mansión familiar de Lucian, en Devonshire, donde podía ser más fácilmente protegida. El pasado otoño, ella y su hermano habían sido amenazados por un criminal que se hacía llamar lord Caliban, según el personaje de la obra de Shakespeare.<sup>2</sup> Lucian había desbaratado la operación de contrabando del oro que Caliban utilizaba para financiar a los ejércitos de Napoleón, dejando al lord inactivo durante un tiempo, pero el traidor aún estaba suelto. Razón por la que Dare se había implicado en el asunto.

Lucian le tendió un brandy a su invitado y luego se instaló en el sillón contiguo.

—Bien, cuéntame de qué te has enterado en Yorkshire.

—Me temo que de no mucho. Me instalé en la finca de un amigo, a apenas diez kilómetros de la casa de Riddingham, pero la condenada nieve me dificultó ir hasta allí. Aun así, conseguí disfrutar de dos cenas con sus correspondientes veladas de cartas con Riddingham y sus invitados. Todo normal y corriente. Él llevaba el anillo en todo momento. Cuando le hice una observación sobre la calidad única del diseño, Riddingham dijo haberlo ganado jugando a los dados, pero que no podía recordar a quién. Podía ser perfectamente mentira.

Dare hizo una pausa y tomó un sorbo de brandy advirtiendo de modo ausente su calidad.

2. *La tempestad*. (N. del t.)

—No obstante, sigue llevando el anillo. Aunque si no tiene idea de que sospechamos que él sea Caliban, parece necio ostentar tan llamativo ornamento. Pero para ser sincero, cuanto más veo a Riddingham, más me pregunto si es lo bastante brillante como para ser un traidor mortal.

—Tal vez no, pero tenemos que asegurarnos. —Lucian endu-  
reció el gesto de su boca—. Podría ser un error fatal subestimar la  
astucia de Caliban. Riddingham podría estar embaucándonos con  
su simulación de afabilidad. Por otra parte, estaba aquí en Londres  
en enero, cuando nuestro hombre fue asesinado.

Un diplomático de Asuntos Exteriores había sido encontrado  
muerto hacía dos meses, según se sospechaba por obra de Caliban,  
aunque no había pruebas de ello. Pero volvería a actuar, Dare y  
Lucian no tenían ninguna duda. Sólo podían confiar en desenmas-  
carar al traidor antes de que éste pudiera causar aún más daño.

Lucian maldijo entre dientes y soltó un enérgico puñetazo en  
el brazo de su sillón.

—Siento exactamente lo mismo —convino sombríamente  
Dare.

Comprendía perfectamente la frustración de su amigo al per-  
seguir a un asesino que era poco más que un susurro y una som-  
bra. Hasta el momento, sólo tenían dos claves sobre la identidad  
de Caliban, ambas de un testigo que lo había vislumbrado momen-  
táneamente el año anterior: se creía que Caliban era un noble in-  
glés. Y poseía un insólito anillo decorado con una cabeza de dra-  
gón con ojos de rubí.

Dare había descubierto el anillo hacía varios meses en el dedo  
de lord Riddingham. Desde entonces, había seguido discretamente  
el rastro del vizconde tratando de decidir si éste podía ser Caliban.  
Esa posibilidad era la que había conducido a Dare a pasar un te-  
dioso intervalo en Yorkshire, donde podía investigar mejor la teoría.

Su falta de éxito lo indignaba. Pero no se podía esperar que él consiguiera de la noche a la mañana lo que se les había escapado a los mejores agentes de la nación. Lucian solía recordarle que su licencioso pasado no lo había preparado exactamente para una carrera en el espionaje al servicio del gobierno.

De hecho, Lucian lo había reclutado el pasado otoño. Principalmente por su conocida tendencia al libertinaje, Dare resultaría un muy improbable candidato a espía. Caliban nunca sospecharía del Príncipe del Placer como dirigente de su caza y captura.

Dare accedió a colaborar, no sólo porque estaba familiarizado con la mayor parte de la sociedad, tanto alta como baja, sino porque se sentía inquieto y aburrido de la vida. Lo intrigaba bastante el desafío de medirse con un astuto asesino. Se había reído ante la observación de Lucian de que tener un objetivo serio podía servirle para salir de su hastío.

Ahora no se reía.

Dare tomó otro trago de brandy, vacilando mientras debatía si contarle a Lucian el nuevo giro de la jugada.

—¿Qué sabes de Julianne Laurent, la nueva actriz del Drury Lane? —dijo al fin—. ¿La Joya que tiene conmocionada a toda la alta sociedad?

Lucian le dirigió una penetrante mirada.

—¿Debo suponer que tienes un nuevo interés amoroso?

—Difícilmente. Riddingham es uno de sus pretendientes.

—¡Ah! —exclamó Lucian, recostándose en su asiento con aire pensativo—. La semana pasada lleve a Brynn a ver actuar a la señorita Laurent. Ambos la encontramos sorprendentemente buena. ¿Estás sugiriendo que su asociación con Riddingham va más allá de lo simplemente amoroso?

—Es posible. Por lo menos ella merece investigación. Después de todo, es francesa. No sería imposible que estuviera al servicio

de Napoleón. Dados sus escasos ingresos y dudosos valores morales, las actrices son enormemente susceptibles de soborno.

Al ver que Lucian enarcaba una ceja, Dare comprendió cuán irónico era que precisamente él hablara de dudosos valores morales.

Sin embargo, no era la primera vez que se había cuestionado la fidelidad de Julianne Laurent a Inglaterra. Siete años antes, el abuelo de Dare la había calificado de traidora, afirmando que estaba conspirando con bonapartistas y amenazando con que iba a hacerla arrestar por traición.

En aquella época, Dare había estado seguro de que las acusaciones eran inventadas, el intento del viejo bastardo para obligarle a dar por finalizado su compromiso. Entonces, su principal preocupación había sido proteger a Julianne de las coléricas maquinaciones de su abuelo. Pero ahora estaba más dispuesto a creer que, después de todo, hubiera consistencia en aquellos cargos.

—Acaso me esté precipitando en mis conclusiones —reconoció—, pero podría estar aliada con Riddingham.

—¿Por qué dices eso? —preguntó Lucian curioso—. ¿No regresó Riddingham a Londres la semana pasada? Apenas han tenido tiempo de encontrarse.

—Pero podrían mantener una asociación anterior. La mansión de Riddingham está en Yorkshire, y la señorita Laurent se afirma que pasó los últimos seis años pisando las tablas de York.

—Tal vez fuese su amante.

—Tal vez. Cuando los he visto hoy paseando por el parque parecían más íntimos que simples conocidos. —Forzó una sonrisa—. Si él no está ya compartiendo su lecho, ciertamente parecía ansioso de ello. Estaba pendiente de todas sus palabras, lo mismo que media población masculina de Londres, por otra parte. —Confió en que su sarcástico tono ocultara la nota de celos que

le resultaba difícil contener—. Pero de cualquier modo, ella podría ser su cómplice.

—O quizá Riddingham solamente la persigue pensando en una relación carnal —contestó Lucian—. Circulan rumores de que ella está buscando un protector.

—He oído esos rumores. Al parecer, la bella Laurent hizo una declaración pública de que efectuaría su elección al concluir la estación. Una inteligente táctica —añadió cínicamente Dare—. La mejor para mantener a sus admiradores rivalizando por sus favores. A pesar de todo, merece ser observada. Y tú quizá pudieses utilizarla para que se aproximase más a Riddingham.

—¿Yo? ¿No querrás decir tú?

—Tal vez yo no sea el mejor hombre para esa tarea. Tuve un... breve conocimiento de la señorita Laurent hace algunos años.

Lucian lo examinó durante largo rato, mientras Dare se esforzaba por permanecer imperturbable ante aquellos perspicaces ojos. No se proponía revelar su desgraciada historia con Julienne. Cómo había descubierto a su prometida en brazos de otro amante. Cómo su corazón y su orgullo se habían visto destrozados por su traición. Ni cómo le dolía aún aquel recuerdo.

Por fin, Dare se encogió de hombros.

—La aventura concluyó infelizmente.

—¿De modo que crees que la dama no deseará tener nada que ver contigo?

—Así es. Dudo seriamente que ella quisiera.

Lucian le dedicó una seca sonrisa.

—Tú, amigo mío, nunca has sido derrotado por ninguna mujer. Sin duda, sólo tendrás que hacer gala de tu vasto encanto para convencerla de que cambie de opinión sobre ti.

Dare se quedó mirando el ambarino líquido de su copa deseando refutar aquella declaración. Era cierto: mujeres más altaneras y rea-

cias habían caído voluntariamente en sus brazos. Pero, en aquel caso, él comenzaría con una posiblemente insuperable desventaja.

Lucian interrumpió sus sombríos pensamientos.

—Comprendo tu desgana a volver a relacionarte con ella, Dare, pero está claro que deberías ser tú quien investigara su relación con Riddingham.

Dare sonrió sin ganas.

—Temía que pudieras decir eso.

La expresión de Lucian era muy grave mientras se inclinaba hacia él.

—Estoy seguro de que no necesito recordarte que el futuro de Inglaterra puede estar en juego.

—No, no necesito ningún recordatorio de eso.

—Esta condenada guerra puede que esté llegando a su fin... Casi cada día llegan nuevos informes desde el campo de batalla sobre las victorias de los aliados. Pero aunque Napoleón sea vencido, no espero que Caliban se retire. Un hombre como ése no desaparece y ya está.

—Soy muy consciente del peligro que Caliban representa.

—¿Lo harás entonces?

Dare tomó un largo trago de brandy sintiendo el escozor abrasándole la garganta para ir a mezclarse con el fuego que ya le corroía las tripas.

—Sí —aceptó finalmente, exhalando un suspiro desganado—. Supongo que lo mejor que puedo hacer será unirme a los que van tras los favores de la Joya. Simular ser uno de los rivales de Riddingham. Eso me facilitaría una legítima excusa para estar más cerca de él. Para atizar el fuego, por así decir. Tal vez él mostrará sus cartas si consigo hurgar lo bastante profundamente bajo su piel.

—Bien. Y si descubres que tus reticencias personales interfieren en tu misión, sólo tienes que recordar cuántos inocentes han

muerto de resultas de la traición de Caliban. Entretanto, puedes aprovechar la oportunidad para comprobar la lealtad de la señorita Laurent. Acaso tengas razón. Podría perfectamente estar trabajando para los franceses.

Dare sonrió para sí. Sería una justicia poética que no sólo pudiera desenmascarar a Caliban, sino que descubriera que la tentadora que había destrozado su corazón estaba ayudando al traidor más peligroso de Inglaterra.

La tensión que lo había invadido desde que había visto a Julienne aquella tarde se alivió con la sensación de haber llegado a una decisión.

Se prometió que usaría a la deslumbrante actriz para ayudarle a acercarse más a Riddingham. Y si ella era realmente una espía francesa, se lo haría pagar muy caro.